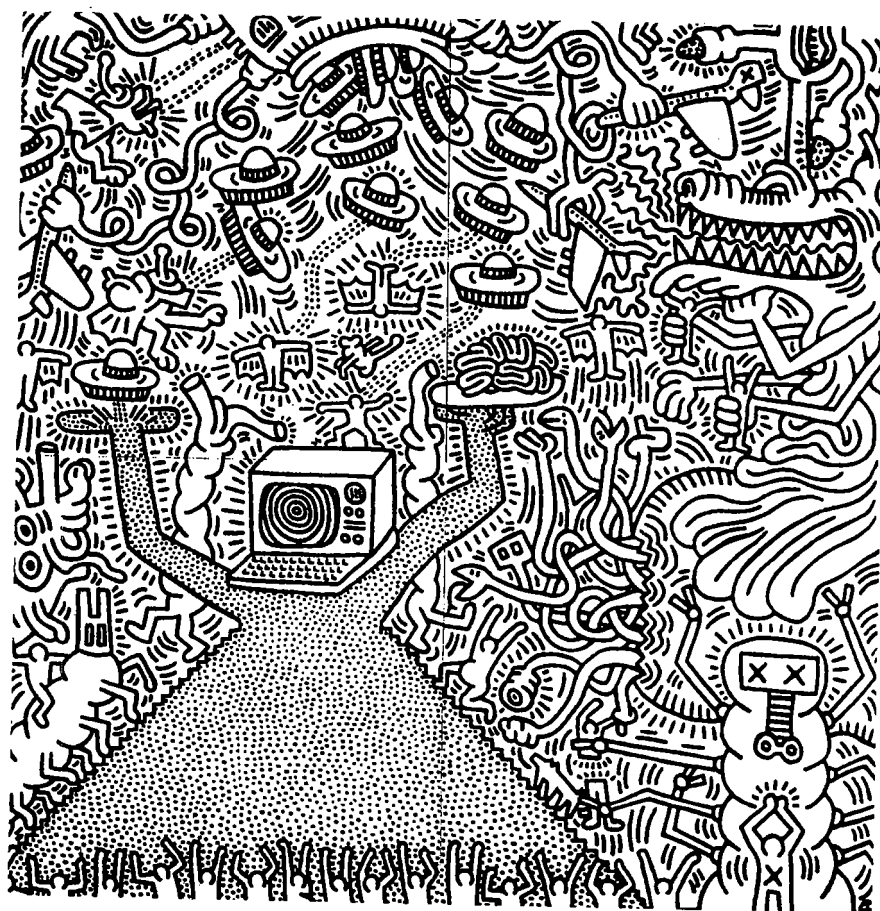


Postrimerías de un siglo: el siglo XX. El mapa imaginario a través del cual las ficciones teóricas construyen lo actual ha desdibujado sus márgenes. Los decimonónicos gestos fundacionales, narrativos la mayoría de ellos, que apelaban a la organización de sociedades a través de la figura de la "nación" van cediendo su lugar a imágenes de "anclajes" provisorios e intercambiables según los imperativos de referentes cuya construcción resulta de naturaleza fragmentaria. Modernidades, temporalidades, identidades, géneros, transculturación, hibridación, mestizaje, regímenes culturales, neoconservadurismos, neoliberalismos, tecnologías mediáticas, retóricas propias de este fin de siglo, serie en apariencia sin orden ni lógica determinados y sin embargo topos de un recorrido finisecular cuya indeterminación categorial configura una topografía cultural: un intento de confrontar algunas de las proyecciones de la reflexión teórica sobre la cultura y sus políticas de representación a fines del siglo XX.

**Lelia Area, Liliana Pérez, Patricia Rogieri
(comps.)**

FIN DE UN SIGLO: LAS FRONTERAS DE LA CULTURA



CULTURAS LINYERAS: ENSAYOS PARA UNA NEOMODERNIDAD POSURUGUAYA¹

Abril Trigo

La más somera reseña de la historia intelectual del Uruguay revela una constante obsesión con el problema no ya de la identidad nacional, cuanto de la integridad y la (in)definición territorial. La Asamblea de la Florida proclamaba, en 1825, la independencia de todo poder extranjero y la simultánea unión a las Provincias Unidas del Río de la Plata: esquisia original contra la cual una desvelada historiografía habría de emplear los más refinados malabares. Se gestaría así una doble falacia, ya que bajo una suerte de "conspiración patriótica" se institucionalizaría la inalienable vocación independentista de los cruzados del 25, borrando peligrosamente toda certidumbre sobre los proyectos unionistas platenses, los no siempre patrióticos intereses del patriciado agroexportador y el papel protagónico de la diplomacia británica. El dilema, soslayado por la historiografía fundacional y contaminado de política menuda por su inextricable (con)fusión con la historia de los partidos tradicionales, buscaría dirimirse, ante la inminencia del Centenario, mediante una ley. Los acalorados debates parlamentarios de 1923 desembocarían en un impasse, de modo que el 18 de julio de 1830, fecha de la jura de la constitución, terminaría por imponerse como instancia neutra(l) que sublimaba en la racionalidad de las formas el ominoso estatuto de "estado tapón".

Pero recién comenzaba el problema. En ajustada conformidad con las teorías más recientes,² la aleatoria política internacional del XIX hizo preciso organizar un Estado donde poder inscribir una nación y, por supuesto, el ejército profesional haría de partera. A partir de la modernización impuesta *manu militari* y la nacionalización ideológica promovida por la reforma educativa vareliana, el patriciado romántico letrado se encargaría de formular los ideomitos fundacionales de la nación-estado: Artigas, el Exodo, los "33 Orientales", lánguidos charrrús de ojos verdes. La historiografía devendría el discurso privilegiado donde construir, en una apodíctica coherencia a posteriori,³ el imaginario fundacional nacional y la gran paradoja que es todo nuestro legado: la teukhein capitalista, racional y moderna, proyectada al futuro, se legitimó en una legein precapitalista, mítica y cimarrona, anclada en una protohistoria dominada por el imaginema del caudillo. Cuando ya encabalgados en el siglo XX los gauchos de Aparicio Saravia sacudieran nuestra amodorrada belle époque mostrando las entrañas del país real, únicamente un refinado camelo ideológico podría encubrir la brutal paradoja de un Estado Uruguayo moderno fundado sobre el imaginario de "la barbarie" oriental. Así se origina el imaginario del "pequeño país modelo" de don José Batlle y Ordóñez.⁴

En efecto, en tanto el refinado dispositivo institucional dispuesto por el batllismo atraía la curiosidad internacional,⁵ la población -batllista y antibatllista-

compartió por vez primera una conciencia nacional uruguaya que, curiosamente, marchaba a contrapelo del imaginario fundacional arduamente elaborado por la historiografía romántico-positivista, para sustentarse en la novedad misma de las instituciones emergentes. El imaginario de la República Modelo -que a la larga probaría ser mucho más resistente que dichas instituciones- culminó por subsumir, hacia la década del 30, al viejo imaginario fundacional. Dicho de otro modo, se constituyó un nuevo imaginario que en una emulsión de krausismo criollo⁶ y gauchismo modernizador,⁷ subordinó la Patria mítica a las dinámicas instituciones estatales y cuyo propósito era formar ciudadanos más que forjar compatriotas, como preconizara el mismo Vaz Ferreira. Podría decirse, elaborando sobre la distinción de Fishman,⁸ que el imaginario social del estado-nación se superpuso al imaginario fundacional de la nación-estado; que la *legein* nacional se transformó a partir de la *teukhein* estatal: "un estado providencial, redistributivo, piadoso, anticlerical y socializado" que protagonizó una radical política nacional apoyada en un discurso doctrinariamente antinacionalista.⁹

La identidad del uruguayo moderno es pues fruto de la implantación del imaginario de la República Modelo sobre el imaginario fundacional nacional, de modo que este último constituiría una abúlica memoria (proto)histórica al servicio de los ideomitos operativos del Estado: el de la mesocracia (la distinción del no distinguirse), el cosmopolitismo europa-periférico, el culto a la Ley, el aura culturosa de la ciudadanía, y la homogeneidad étnico-consensual.¹⁰ De tal manera, la in-diferencia protohistórica (original barbarie americana) fue sublimada mediante el montaje de una diferencia (con la actual, circundante barbarie americana) y una identificación (con la eterna, distante civilización occidental). Este doble movimiento de cierre/apertura permitió, a un tiempo, monumentalizar el pasado, negar la coetaneidad a las temibles hordas rurales [Fabian], asimilar a las masas inmigrantes, y contentar a los tradicionalistas y nativistas nostálgicos. Amortiguación y homogeneización; he ahí pues los pilares de un imaginario que atraviesa fronteras ideológicas. Ello explica que el ideomito del Estado benefactor y redistribuidor funcionara en dicho imaginario como tábula rasa que bajo el principio iluminista de la igualdad bajo la Ley, llevó a cabo la homogeneización imaginaria de una población naturalmente diversa, confirmando, de paso, la notoria ventaja de la misma frente al desagradable mestizaje latinoamericano. Se entiende el regocijo de Celedonio Nin y Silva en su paraoficial *La República del Uruguay* en su primer centenario (1830-1930) cuando regurgitaba que "El Uruguay es el único país de América que no tiene población indígena, siendo casi todos sus habitantes de raza blanca. No se le presentan, pues, los inquietantes problemas del indio o del negro, que tanto preocupan a la generalidad de las naciones americanas".¹¹ Claro, porque "La República del Uruguay es un país perfectamente civilizado, de vida Europea"¹² y, como tronaría años más tarde un presidente desarrollista, "conquistas como las nuestras, no las vive, en estos momentos, ningún pueblo de la tierra".¹³

La otra cara de la homogeneización fue nuestro celebrado cosmopolitismo, palurda compensación de un acendrado complejo de inferioridad.¹⁴ A partir de este último, el doble movimiento de diferenciación/identificación engendraría nuestra insularidad cosmopolita, marca indeleble de la uruguayidad. En efecto, como en un eco moderno de la esquisia fundacional que intentáramos en el mismo gesto superar, nos encapsulamos en nuestra nostalgia por un pasado imaginario, bloqueamos las fronteras

con nuestros vecinos, y nos proyectamos en un viaje transatlántico hacia la civilización. "Endogamia transatlántica", la llama Achugar¹⁵: una doble insularidad tempo-espacial. La marca de la hora legitimaría el triunfo definitivo del insularismo uruguayo sobre el integracionismo oriental, la consagración del Estado Uruguayo Moderno¹⁶ sobre la ambigua frontera de la Banda Oriental.

Al convertirse en el referente obligado de una población en alta medida migratoria, así como en el principal patrocinador del ascenso social y la integración cultural, el Estado niveló, mediatizó, y arrasó con toda subcultura que se desviara del imaginario hegemónico. Las manifestaciones populares urbanas, la colectividad afrouruguaya, las diversas minorías inmigrantes, las culturas locales del campo, fueron todas sometidas a intensos y nada sofisticados procesos de aculturación y/o folclorización. En tal sentido, la homogeneidad racial, lingüística, étnica, cultural y social de "la Suiza de América" se revela, en el mejor de los casos, como el reino de una acitada mesocracia y, en el peor, como una megamáquina de nivelación imaginaria y de control social. El abierto menosprecio y la solapada represión del "portuñol" fronterizo por un dudoso purismo lingüístico montevidiano, por ejemplo, ponen de relieve una triple hegemonía geográfica (Montevideo>interior), clasista (Cultura ilustrada>culturas del pueblo), y nacional (uruguayo>brasileño), de espaldas a la realidad fronteriza, históricamente abierta y elástica, de nuestra campaña.¹⁷

Era el tiempo de la Arcadia feliz. Si la "dictablanda" de Gabriel Terra sonó la alarma de 1933, el estado de compromiso operaría como un eficiente amortiguador durante algunas décadas más. Es apenas hacia los 50 que las crisis, económica primero, social después y finalmente política, comienzan a anudarse. El proceso es tan matemáticamente precisable y la trabazón de acontecimientos tan compleja, que enfrentarse a este período resulta siempre dar un salto en el vacío. Agotada la bonanza exportadora de carnes y lanas propiciada por las guerras mundial y de Corea, el equilibrio en el cual se apoyaba la frágil hegemonía neobatlista y su industrialización sustitutiva de importaciones se hundió sin remedio. La agudización de la crisis económico-social promovió el reacomodo de las fuerzas sociales y la configuración de nuevas formaciones hegemónicas a nivel partidario, estatal y sindical. El triunfo del Partido Nacional en las elecciones del 58, luego de noventa y nueve años de gobiernos colorados, señaló el descontento de los sectores medios y el primer desplazamiento de los politócratas profesionales por una burguesía gerencial orgánicamente vinculada a la oligarquía agroexportadora y el capital transnacional. A partir de entonces, todo fue un progresivo deslizamiento hacia el neofascismo. Anudada a las fisuras del imaginario de la República Modelo, la ruptura de las instituciones coronó una cíclica crisis hegemónica en el plano político-económico y en el plano cultural intrínseca al estado de compromiso, paternalista y amortiguador, que así llegó a sus límites.¹⁸

Ciertamente, una intrincada confluencia de factores condujo al clímax neofascista, pero no se ha destacado suficientemente la contradicción engendrada, a partir de los 40, entre los aparatos políticos e ideológicos en el seno del Estado, una fractura intrasistémica que generó una peligrosa dualidad de poderes.¹⁹ En tanto el control de los aparatos políticos pasaba de la burguesía industrial asociada a los sectores medios urbanos, a la oligarquía agroexportadora primero y a los sectores financieros después (de la politocracia a la tecnocracia), el antiguo establishment intelectual del Centenario devino una auténtica inteligencia en control parcial de los instrumentos

de diseminación ideológico-cultural, incluyendo un imponente aparato educativo (supremo mecanismo de ascenso social y amortiguación política). Al aliarse esta intelligentsia a los sectores populares en su doble cariz de vanguardia política y artística, articuló el cuestionamiento de "Un país sin memoria, sin convicciones, sin columna vertebral [...] Un país escéptico, cínico, ventajero y miope",²⁰ y promovió una cultura para-oficial que desplazó, en lo visible, la obsoleta cultura hegemónica, reducida por entonces a la aburrida repetición de ritos ya caducos. El encogimiento de las instituciones del Estado condujo, de tal modo, a la crisis del imaginario de la República Modelo con el cual aquellas se identificaban. La disyunción entre este último y el imaginario fundacional nacional, mancomunada a la fractura entre los aparatos políticos del estado y los aparatos culturales, hizo posible la gestación de los contraimaginarios socialista-nacional de los 60 y neofascista de los 70. Estos, no obstante ser absolutamente excluyentes, coincidieron en elaborar nuevas versiones de los ideomitos fundacionales impugnadoras del cada vez más imaginario imaginario de la República Modelo que, paradójicamente, procuraban rescatar.²¹ Ambos, eventualmente, se destruirían uno al otro: un doble fracaso no precisamente imaginario.

El neofascismo procuró resolver esta situación intolerablemente explosiva reprimiendo por igual a la intelligentsia y a los sectores populares, e imponiendo, en forma infructuosa, una política cultural supuestamente coherente. El neofascismo, por serlo, confundió la cultura con la intelligentsia, y de ahí su tan correctamente mentado "odio a la cultura". Pero la intelligentsia, que a la sombra de la democracia liberal gozara de cierta (in)cierta autonomía, también había llegado, en comprensible cristalización, a identificarse con el imaginario de la República Modelo. Se identificaba, en puridad, con el Estado, del cual viniera a ser una suerte de amanuense protestón, curiosa excrecencia de carácter equívoco.

Así llegamos a la crisis actual (crisis sobre crisis, crisis de la crisis, metacrisis), en que a la nostalgia por el imaginario de la República Modelo (en el cual nadie cree pero todos quisiéramos creer) se enrolla la añoranza por los contraimaginarios malogrados. El consenso en el olvido y la coartada del silencio, legitimados por la eufemística Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado y su posterior referendación plebiscitaria, han herido a la sociedad uruguaya de mala conciencia. Corrosión ética que empuja al sálvese quien pueda o al desesperado aferramiento a una identidad nacional encogida a las caducas instituciones del Estado;²² a una profunda depresión psicosocial o a la recuperación de un impreciso topos cultural: clima propicio para la confección/ articulación de nuevas hegemonías. Esto explica el desesperado atrincheramiento de muchos en la "tradición democrática nacional", así como la orfandad ideológica de la intelligentsia, que ante la debacle del socialismo real y al regreso del exilio se apresurara a restaurar su "natural" hegemonía cultural. Esto llegó en la Universidad al paroxismo de reponer -sin atender a las formalidades tan queridas- a las autoridades depuestas por el régimen militar, en un gesto operático de "aquí no ha pasado nada" que explica la dictadura como mero tropiezo de la Arcadia democrática;²³ y le achaca, mecánicamente, la inconmensurable mutilación de "la conciencia, la identidad y la memoria" nacionales.²⁴ Es admirable cómo esta intelligentsia reproduce tan uruguayamente un comportamiento al que Real de Azúa describiera como el atrincheramiento del uruguayo en "sus muchos, pequeños y arrebañados privilegios".²⁵ En su afán por retener su antigua hegemonía cultural, da las espaldas a

las formidables transformaciones operadas tanto a nivel mundial como local, y arrebuñándose en su "heterofobia",²⁶ se resiste a reconocer que el país y la época se le han ido de las manos. Reproduce así tragicómicamente el imaginario que presume criticar: después de todo, la culpa reside en "la dictadura, que interrumpió la naturalidad del acto pedagógico",²⁷ y produjo una fractura (de)generacional: "La cultura, hoy por hoy, es el estruendo hueco de la música rock, la cacofonía de la televisión, los libros de historietas: la victoria, en suma, de la zona no-verbal del cerebro".²⁸ Aterrada ante la nueva realidad y carente de un proyecto alternativo, la vieja intelligentsia erosionó su legitimidad y facilitó la expansión del proyecto neoliberal, en tanto protagonizaba una doble crisis de representación (como *Vertretung* y como *Darstellung*) que traspuso la lucha hegemónica, una vez más, del terreno político al cultural. Triple crisis de hegemonía, pues, institucional, del imaginario, y de agencia cultural,²⁹ que abre las puertas a una suerte de hegemonía negativa del emergente imaginario neoliberal.³⁰

La debacle del imaginario de la República Modelo y de los contraimaginarios que, paradójicamente, procuraban rescatarlo, ha puesto de relieve su otredad interior, y por primera vez, adecuadamente munidos del arsenal posmoderno, reparamos en nuestra rica heterogeneidad socio-cultural. La irrupción desmañada de lo diferente -producto de las crisis inmanentes al Estado uruguayo, sutilmente imbricadas a la crisis global de la modernidad- refleja la emergencia, en la realidad cotidiana, de actores sociales y prácticas culturales que desterritorializan la cultura hegemónica, concomitantemente a la implantación socio-económica y el triunfo ideológico del modelo neoliberal. En este clima de neomodernidad exasperada, el derrumbe de la solemnemente aburrida Cultura Uruguay propicia la proliferación de lo hasta hoy invisible: drogos lumpenrockeros que contaminan los espacios sociales con su música, sus ropas y sus porros; huelgas policiales lideradas por amas de casa; feministas que sacan a la calle los graffitis de los baños y celebran una sexualidad encorsetada; rituales umbandistas que inundan las playas seculares de velas y de flores; jubilados hambrientos que, perdidos sus pruritos mesócratas, arman flor de trifulca por una bolsa de verduras; afrouruguayos que exigen, a ritmo de candombe, la ruptura de relaciones con Sudáfrica; travestis que disputan con crispado desparpajo la noche ciudadana a yiras melancólicas; bagalleros (contrabandistas hormiga) que invaden el centro de la ciudad hasta hacerlo intransitable; requecheros (hurgadores de basura) que se sindicalizan y marchan sobre el Palacio Legislativo reclamando sus derechos laborales; manifestaciones políticas transmutadas en corsos con cabezudos, disfraces y consignas coreadas a ritmo de murga. Las voces de la subalternidad marginan la marginalidad, entropizan la estasis y dislocan la urbanidad promoviendo nuevas articulaciones que trascienden la otrora escrupulosamente mesocrática sociedad montevideana. El espacio institucionalizado e identitario de la sociedad es fragmentado por lo social: la proliferación de lo múltiple, la primacía del acontecimiento cotidiano, el destello de fugaces líneas de fuga, las tácticas de sobrevivencia, la improvisación del bricoleur, la laboriosa invención de racionalidades otras, el nomadismo del periférico, la ubicuidad guerrillera de la praxis, la desterritorialización del sentido común, el desborde -suplemento, expansión, implosión escurridiza y móvil- de una desflecada sociedad.³¹

Hoy, Montevideo, escaparate y paradigma de la Cultura Uruguay hegemónica, es también metáfora del fin del imaginario de la República Modelo. Empobrecida, afeada, ruinosa, Montevideo es una ciudad fantasma, congelada en el tiempo, atrapada

en los engranajes de una historia tramposa; "chueca, fané y descangayada" como la mina del tango, exhibe los despojos de una modernidad periférica bastante adelantada por la época de las vacas gordas: una ciudad de posguerra.³² La otrora modosita y coqueta Montevideo, cuyo elegante trazado y su rambla pretenciosa confirmaban una puntillosa modernidad, ha devenido un cambalache monumental,³³ lo cual explica que el mercado de pulgas de Tristán Narvaja sea hoy el gran escenario -y ring- de la cultura montevideana. Las transformaciones experimentadas por la avenida 18 de Julio condensan las de la ciudad toda. Sucia, ruidosa, contaminada, desarbolada, desamparada de cines y teatros convertidos en garages o templos evangelistas, con las fachadas de sus sobrevivientes edificios art nouveau masacradas por letreros luminosos al mejor estilo de Hong Kong pero sin la vitalidad de Hong Kong, 18 ha sido invadida por bagalleros (sin duda el éxito más notable de la liberalización del mercado), copada por las hablas, los gestos, las fachas de estos itinerantes del arrabal. A un cuando el bagallo ha sido un componente tradicional del estilo de vida uruguayo, los bagalleros actuales operan una reivindicación del oficio por la vía de los hechos, hasta el punto de organizarse sindicalmente para demandar al Municipio la asignación de lotes por cuadra en un exquisito codeo con la ley. El bagallo, legalmente desplegado a la venta, metastasia los espacios públicos y asociado a la torta frita, los mediotanques y el mate, ha transformado la calzada en un tianguis asfixiante de olores, colores, texturas y sonidos desconocidos para el pachorriente transeúnte de antaño. Por ello, en adición al bagallo, quizá sea la torta frita, cuando "hizo chisporrotear las esquinas de la ciudad con sus humeantes fritangas", quien dio el golpe de gracia a "la muy cosmopolita y elegante 18".³⁴ Aunque los tortafriteros ("artesano[s] culinario[s] de agudísima personalidad y gran empuje empresarial") fueron prestamente expulsados del centro, el fervor democrático del 85 volcó a la calle rituales cotidianos hasta entonces reclusos al ámbito privado: los mediotanques tomaron las esquinas barriales, con su humo expansivo y sus aromas rudos, y el mate, tradicionalmente tolerado en el fútbol y en la oficina pública como habitus folclórico, legítimo en las mateadas públicas tupamaras al aura resistente que adquiriera en tiempos dictatoriales, hasta adquirir rango oficial al ingresar triunfalmente al recinto parlamentario. La ostentación del mate impulsó una democratización más allá de lo ideológico concomitante a la reterritorialización de los espacios y la música urbana por la murga y el candombe, expresiones paradigmáticas del carnaval y la colectividad afrouruguaya. Rompiendo los diques de contención, el candombe se derramó desde el barrio Palermo hacia el centro, subió por 18 y se expandió por la ciudad entera; la murga, en tanto, saltó del tablado de barrio a los escenarios teatrales, la radio, el disco. Ambos perforaron el cordón sanitario del carnaval y contaminaron la música popular urbana nutriendo una fermental transculturación con el jazz, el tango, el samba, el rock, y la "música culta", mientras los grafitis subvertían las tradicionales pintadas políticas y agregaban "la cicatriz que le faltaba a la máscara uruguaya".³⁵

Mates, tortas fritas y choripanes, murga y candombe, bagallo legalizado y lumpenpoesía, grafitis y rock, son todos desplazamientos culturales que carnavalizan la ciudad, la llenan de olores, de colores, de música, de pautas de conducta quizás más cordiales, a veces violentas, pero sin duda más desinhibidas, y haciendo públicas las costumbres confinadas a la privacidad, politizan lo cotidiano y festejan la política. Después de todo, "para escribir en el baño de política, hay que pensar que la política

es algo más que mierda", reflexiona la grafitera en el retrete.³⁶ Todas estas prácticas contaminan el aire de la Cultura Uruguaya hasta hacerla irrespirable, tanto para los aún aferrados a las hilachas del imaginario de la República Modelo, como para los yuppies criollos, hinchas de la neomodernización a todo trapo. Los primeros, sobrevivientes de una cultura recesiva, presencian atribulados la descomposición y desarticulación de "su" ciudad; de derecha o izquierda, conservadores o liberales, tradicionalistas o marxistas, se definen por su incapacidad para trascender el ya caduco imaginario de la República Modelo. Y aquí encaja, por cierto, la vieja intelligentsia, que atrincherada en sus cada vez más esmirriados espacios de poder se empecina en una improbable "restauración cultural". Los segundos constituyen una subcultura de la neomodernización, dinámica y feroz, que acantonada en sus enclaves ultraposedemos (los "shopping centers" como simulacros de simulacros) y liderada por una "nueva derecha intelectual", se entrega ardientemente al consumo de la cultura de masas transnacional.

Así, mientras los nostálgicos de la República Modelo se embriagan en formol, y la izquierda, forzada a acomodarse a la partitura neoliberal se paraliza en la inopia, los grupos marginados, portadores de las subculturas desatadas por la crisis, se convierten en los verdaderos agentes de cambio. A las estrategias hegemónicas contraponen sus tácticas del débil; al sedentarismo de las instituciones estatuidas, el nomadismo de sus incursiones supervivientes; a las macropolíticas culturales, la cultura de la antipolítica: "Yo no quiero arreglar este país, yo lo que quiero es irme", sostiene la lumpenpoeta.³⁷ Micropolíticas, máquinas de guerra emanadas "de la muy fiel y amortiguadora sociedad uruguaya",³⁸ guerrilla cultural de lubolos y murguistas, política antipolítica de rockEros y vendedores de tortas fritas, anarquismo sexual de artesanos y lumpenpoetas, filosofía del lumpen de bagalleros y grafiteros que recuperan la ciudad -en su decadencia- como un espacio de lucha. Antipolítica anárquica y anarquizante de quienes no piensan "en la Revolución sino en revolucionar",³⁹ no en implementar una política, restringida al ámbito institucional estatal, sino en activar lo político, "dimensión móvil, nomádica y ubicua que puede surgir en el interior de cualquier esfera social [...] cuando sea y donde sea que las identidades sociales son construidas a partir de la división, la enemistad y la confrontación".⁴⁰ Lo político emerge, pues, como el campo de estas antipolíticas-del-desencanto-con-la-política-al-uso,⁴¹ antipolíticas intersticiales, micropolíticas hedónicas, políticas del filo que desritualizan el imaginario de la República Modelo: teatralización del teatro de la institucionalidad democrática, supremo patrimonio nacional y primer premio en la lotería de navidad. Transgresión de rituales que alcanza su ápice en la cáustica versión rockera del himno nacional de Los traidores ("Uruguayos la patria o la tumba/con libertad o con gloria/igual van a morir". ["Montevideo agoniza"]), o en la anticandidatura de Pinchinatti, personaje televisivo cuya parodia de la política tradicional fue trastocada en antipolítica callejera por un público que terminó subvertiendo los reductos más íntimos del imaginario de la República Modelo.⁴²

Este carácter de cultura procesual (en estado de "contestación permanente"⁴³), postula la prioridad de la praxis transcultural. Transculturación entendida no en el sentido original que le diera Fernando Ortiz, quien acuñara el término desde un explícito nacionalismo cultural y en el marco de las variopintas "ideologías del mestizaje",⁴⁴ ni en la elaboración posterior de Ángel Rama, quien registra, en el marco

de la dialéctica tradición/modernidad, diversas prácticas transculturales asociadas a la construcción de culturas nacionales modernas.⁴⁵ Aun cuando resulta innegable que muchos proyectos transculturadores implementaron la contención y apropiación de culturas subalternas con el fin de legitimar y consolidar estado-naciones neocoloniales,⁴⁶ la transculturación, tanto epistemológica cuanto políticamente, no puede reducirse a la plasmación de una Cultura Nacional, así como tampoco a una mera transmisión intermediaria o un ejercicio de traducción local. Hoy, más que nunca, y a diferencia de la concepción moderna/izante, que privilegiaba obviamente el momento productivo, la transculturación ha de entenderse como producción consumidora, producción producida en y a partir del consumo, acto en el cual se realiza el producto y se crea, simultáneamente, la necesidad de su renovada producción:⁴⁷ una verdadera cultura de reciclaje.

En última instancia, "calibanismo" (Roberto Fernández Retamar) y "antropofagia" (Oswald de Andrade), "cimarronaje cultural" (René Depestre) y métissage (Edouard Glissant), cultura de mezcla (Beatriz Sarlo) e hibridismo (García Canclini), son todas metáforas que designan fenómenos culturales generados en el antagonismo social⁴⁸ y en la dialéctica producción-circulación-consumo.⁴⁹ En tal sentido, al contrario de la aculturación y la asimilación, que implican siempre la dominación-borrado de una cultura por otra, la transculturación registra/regula procesos por/en los cuales grupos sociales antagonicos, preservando sus matrices culturales, entran en nuevas formaciones hegemónicas intrínsecamente inestables, relacionales, de sutura imposible.⁵⁰ Sólo desde esta concepción articuladora de hegemonía, como movimiento totalizador incesantemente destotalizado, como despliegue permanente de una crisis, es factible admitir que tanto la cultura hegemónica como las culturas subalternas experimentan un proceso analéctico del cual todas (aunque en distinto grado) salen modificadas.⁵¹ Este no es el origen de neoculturas -concepto finalista asociado al montaje de una Cultura Nacional- sino de transculturas, culturas en proceso, inacabables y plásticas, que atraviesan tanto la homogeneizante macrocultura transnacional cuanto las heterogéneas microculturas locales. En el contexto de la posmodernidad, en el que ya no es posible sostener las modernas taxonomías tradicional/moderno, rural/urbano, culto/popular, folclórico/de masas, todo deviene transcultura, productividad de/en diferencias que no conduce a una síntesis neocultural, sino a la articulación permanentemente renovada y diferida de desplazamientos y suplementos, sujeciones y resistencias en ese tercer espacio que es "less than one and double":⁵² bifocalismo, ⁵³ "multidimensional perception",⁵⁴ ensamble atonal de diferencias:⁵⁵ el nepantlanahuatl.

En otras palabras, el descalabro de la República Modelo acarreó un correlativo reajuste transcultural que se imbrica a la fractura de la modernidad periférica, particularmente aguda debido al hojalde de sucesivas crisis históricamente irresueltas. Al empalmar la crisis de legitimidad de la hegemónica Cultura Uruguay con la fragmentación del sujeto occidental, resurgió incontenible la aherrojada heterogeneidad de lo linyera. Desde esa heterogeneidad, y debido a que opera en el fluctuante campo de la cultura, en los intersticios entre lo político y lo social, lo económico y lo cotidiano, la transculturación articula el exacto aparato de dispositivos para construir nuevos sujetos-socio-políticos-en-proceso.⁵⁶ En ese locus trazado por la praxis dialógica productor/ usuario⁵⁷ reside la construcción estratégica de una nueva subjetividad que, atravesada por múltiples voces y en constante fluidez, pueda

constituir un bloque nacional-popular de nuevo tipo.⁵⁸ No importa si estamos ante una cultura auténtica o espuria, según la draconiana dicotomía de Darcy Ribeiro, sino que ante el desmoronamiento del imaginario de la República Modelo, y superando la bancarrota de la izquierda tradicional,⁵⁹ aparecen, desde diversos lugares y heterodoxias varias, respuestas a una crisis que hace irrelevante toda estrategia contracultural. De ahí este clima de subculturas-en-proceso, tejidas día a día a través de un complejo dispositivo de apropiaciones y expropiaciones, condicionamientos y negociaciones, implantes y préstamos;⁶⁰ una cultura transicional, transaccional, inestable; una cultura ecléctica, moldeada desde una historicidad intersticial, cuya excentricidad no es mero reflejo de una posmodernidad ajena aunque ineludible, por cuanto es intrínseca al carácter periférico de una modernidad amoderna⁶¹ que cultivara así una suerte de posmodernismo avant la lettre.⁶²

Modernidad culturalmente heteróclita, heterónoma, heterogénea. Heteróclita, en el sentido de "discontinuidad simultánea" que le atribuye Barbero, de no-contemporaneidad producto de una diferencia no constitutiva (deformidad, atraso, anomalía), sino históricamente instrumentada a partir de un modelo hegemónico oxidocéntrico.⁶³ Heterónoma, mejor que heterogénea, como lo califica Brunner, por cuanto es producto de la "participación segmentada y diferencial en un mercado internacional de mensajes que <penetra> por todos lados y de maneras inesperadas el entramado local de la cultura".⁶⁴ Heterogénea, finalmente, en el sentido antropológico de diversidad cultural (genus, gentes, génesis, géneros); heterogeneidad hojaldrada e históricamente constituida, resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de variadas subculturas largo tiempo oprimidas. Asumir la intrincada trabazón de esta modernidad con la modernidad occidental (lo que implica asimismo admitir la simultánea existencia de diversas modernidades igualmente legítimas,⁶⁵ lleva a definir la posmodernidad no como un estilo (aun cuando reconozca diversas modalidades estilísticas), ni como una nueva etapa civilizatoria (no obstante corresponder a la revolución cibernética y a la transnacionalización del capital), ni como una episteme o paradigma que supere, trascienda o se oponga a la modernidad (si bien podría llegar a ser tal), mas como una reacción/reflexión crítica sobre cada modernidad desde la modernidad misma: metamodernidad.⁶⁶ En esta capacidad autorreflexiva reside, precisamente, la enorme utilidad que el posmodernismo ofrece para repensar el exasperado cambalache de esta, nuestra modernidad periférica, sin caer en el reduccionismo neoliberal, según el cual el posmodernismo se encoge en ideología de mercado y la democracia se licua en consumismo tecno-pop. El escepticismo posmoderno, con su desconstrucción de esencialismos e imaginarios caducos, con su alocentrismo y su proliferación de lo otro, ofrece un manojo de herramientas epistémico-metodológicas extraordinariamente adecuadas para el ejercicio radical de la sospecha, más allá, incluso, del círculo hermenéutico.⁶⁷ Del mismo modo, la construcción de las subjetividades sociales desde la radicalización de las diferencias implica un desplazamiento estratégico,⁶⁸ un "arbitrary closure",⁶⁹ un corrimiento hacia la subalteridad que garantiza la imposibilidad de sutura de las totalidades opresivas.⁷⁰ La transculturación es, en tal sentido, una praxis liberadora que permite eludir la reproducción (invertida) del binarismo, ir más allá de una estéril resistencia⁷¹ y evitar caer en el pragmatismo cool de la ideología de mercado, que cercena toda esperanza de emancipación.⁷²

En este marco posmoderno, el colapso de las instituciones del Estado y la

dislocación del imaginario de la República Modelo desembocaron en una nueva crisis de la identidad nacional uruguaya. Su redoblada discusión, errática y ansiosa, es prueba de ello, pero el problema adquiere hoy otra dimensión, por cuanto el concepto mismo de identidad se ha resquebrajado, y por esa brecha se instala la certeza de que la identidad nacional -como toda identidad- es un constructo imaginario inacabado e inacabable. Mas aun cuando predomina un consenso muy posmoderno en torno a "advertir los peligros y la infecundidad de las interpretaciones <esencialistas> de la nación, priorizándose en cambio los enfoques que destacan la <construcción> o <invención> -renovables- de toda identidad colectiva",⁷³ persiste una incómoda dualidad "entre un pasado que a la vez se quiere desacralizar pero cuyos ecos positivos se desearía que sobrevivieran",⁷⁴ ambigüedad intrínseca al concepto de identidad que, como señala Marcelo Viñar, "tiene un riesgo: parece apuntar a reconocer -identificar- elementos definidos y estables y a hipostasiarlos".⁷⁵ Resulta notable que el mismo gesto apocalíptico que denuncia la hecatombe del imaginario de la República Modelo (censurado muchas veces más por fallido que falaz), traiciona una íntima, desgarrada intención de salvataje. Después de todo, "para muchos orientales las certezas modernas están muy lejos de haber muerto [...] la <utopía del progreso> y el curso <inexorablemente> emancipador de la historia sigue anidando en el corazón de todo buen uruguayo".⁷⁶ Por anticuadamente modernos, quizás, nos seduce la pulsión de romper con lo viejo y pisar el umbral de un futuro en ciernes.

Pero, ¿es sólo el imaginario social,⁷⁷ la comunidad imaginada,⁷⁸ la *Gesellschaft*⁷⁹ lo que ha entrado en crisis, o también se tambalea el Dasein fenomenológico, la vivencialidad cotidiana, la *Gemeinschaft* de un socius cuyas fracturas obedecen tanto al desmoronamiento de la *teukhein* institucional como a la caducidad de la *legein* imaginaria? Una vez lo social al desnudo, lo político supersede la política y lo diferente satura e impugna la confortable diferencia de lo idéntico; el concepto de identidad se revela presuntuoso, inadecuado, mezquino, ante la casi brutal implosión de subculturas emergentes y de emergencia, bullentes y bulliciosas, entrópicas y esquizas.⁸⁰ Sin lugar a dudas, sería tan erróneo achacar exclusivamente esta crisis múltiple a la atmósfera posmoderna o a los ajustes estructurales del capitalismo transnacional, como atribuirle a cierta idiosincrasia uruguaya, pero resulta evidente que condiciones largo tiempo larvadas encuentran generoso campo de cultivo en la atmósfera posmoderna, inestimable herramienta, repito, para desconstruir la doble paradoja trabada al imaginario de la República Modelo. Pues en efecto, todo comenzó cuando el batllismo, percibiendo la paradoja ontológica inicial, que fundaba el desarrollo pleno de nuestra modernidad en una identidad bárbara y premoderna, no encontró solución mejor que confeccionar mediante una minuciosa metonimia (deslizamiento/desliz) una identidad supletoria y suplementaria, de modo que la uruguayidad devino "una especie de suburbio malhumorado de Europa".⁸¹ "a subject of a difference that is almost the same but not quite".⁸² En tanto aparentábamos desentendernos de la cuestión con mundana displicencia ("el patriotismo es un sentimiento retardatario, regresivo, poco elevado" peroraba Vaz Ferreira),⁸³ vivíamos alienados en nuestra presunción oxidocéntrica y acongojados por una insuperable vulnerabilidad geopolítica. Sin embargo -especificidad y neurosis- nos solazábamos en nuestra identidad. Pero, ¿y si no fuésemos sino puro suplemento, apenas imperceptibles, sutiles variaciones de lo mismo? ¿Si no fuésemos más que puro vacío, una carencia (casi-brasileños), una nostalgia (casi-argentinos), una orfandad

(casi-europeos)?

Repetidas veces se ha hablado del "país-frontera", fundamentalmente para referirse a la historia anterior a la formación del estado nacional. Una frontera entendida como "tierra de prolapsos, de avances y retrocesos, pero sobre todo de pasaje, de comercio lícito e ilícito, de mercar clandestino, de guerrillas".⁸⁴ Las idas y venidas de las cancillerías, las incursiones militares y la consolidación de los núcleos portugueses-paulistas y español-asunceños determinaron la indefinición/indefensión de un territorio en disputa permanente. Una protohistoria compendiada en la ya clásica fórmula de "las tres constantes de la ecuación histórica de la tierra oriental; la pradera, la frontera y el puerto. Dos de ellas, de naturaleza espacial geográfica: la pradera y el puerto; y una -la frontera- hija del tiempo y del propio drama de los hombres".⁸⁵ El resto lo haría el contrabando, "el clandestinaje perpetuo como sistema y concepción del mundo y de la vida".⁸⁶ Hacia el siglo XVII, la multiplicación del vacuno convirtió la pradera en una inmensa estancia cimarrona, "vaquería del mar" explotada por jesuitas misioneros, portugueses atrincherados en la Colonia del Sacramento, santafecinos changadores, indígenas ecuestres, corsarios, renegados y desertores de toa laya: semillas de gauchos. Las invasiones inglesas (1806), aun cuando repelidas con pundonoroso fervor, confirmarían nuestra profunda afición por el "libre comercio": cuatro años después comenzaríamos un ciclo interminable de revoluciones para legalizar el contrabando. Al fin de cuentas, desde los más atildados latifundistas hasta el gaucho más miserable, desde el virrey hasta don José Artigas, eran todos contrabandistas. Es decir, transgresores de fronteras. Porque la frontera es lo que cierra y delimita, lo que obstruye y construye identidades, lo que define la civilización más acá de la barbarie. Pero la frontera es también un locus de transgresión, más espacio que línea, más territorio que mojón, más inscripción de senderos que registro de catastro, más ámbito de infracciones que marca de contención: frontiería. Más liminaridad que límite, la frontiería es un permanente desplazamiento, la inscripción de lugares, múltiples y cambiantes, por sobre la prescripción del Espacio Nacional;⁸⁷ una encrucijada marginal.⁸⁸

Por ello, por pura dialéctica compensatoria, tal vez, para negar la frontiería se la selló; para borrar el histórico encogimiento de los límites jurídicos se inventaron barreras culturales; para exorcizar nuestro mestizaje nos quisimos europeos transplantados, olvidando que Uruguay ha sido históricamente, además de receptor de inmigrantes, productor de emigrantes.⁸⁹ En tal sentido, la fuga emigratoria de estas últimas décadas, inédita en cuanto a su magnitud, corrobora una tendencia registrable desde el siglo pasado,⁹⁰ y la "cultura del irse" de que habla Achugar⁹¹ revela las trazas genéticas de una sociedad aluvional (todo inmigrante es, primero, sobre todo y siempre, un emigrante). Recalada de inmigrantes y cuna de emigrantes, Uruguay ha sido una transtierra, parafraseando a José Gaos, un ámbito migratorio más que migrante, que moduló una cultura portátil, maleable, de "pueblo en fuga", a contrapelo de la Cultura Uruguaya hegemónica.⁹² Una cultura transculturada y transculturante, plástica y resistente, trashumante y querendona: cultura de siete oficios. Una desbordante cultura linyera que el imaginario de la República Modelo procuró a toda costa aherrojar, para lo cual taponó la frontera exterior y demarcó la frontera interior, mediante una triple política de territorialización (de las culturas subalternas), cosmopolitismo (introyección oxidocéntrica) e insularismo (bloqueo frente a las culturas circunvecinas). A pesar de su cosmopolitismo y gracias a él, el imaginario de la República Modelo nos puso de

espaldas a nuestra frontera, prescribiendo una cultura consumidora y condenada a la parálisis metacrítica,⁹³ una sofisticada cultura de élite periférica signada por "el sentimiento de la pequeñez traducido en el sentimiento de lo petizo".⁹⁴ Por debajo, en los márgenes, en sus mismos intersticios, bullían las subculturas esponjas, migratorias, piratas, las culturas linyeras cuya implosión, hoy, desterritorializa la Cultura Uruguaya hegemónica.

En el contexto de esta crisis monumental es entendible que desde distintas posturas discursivas se vuelva a actualizar, engarzada al manido problema de la identidad nacional, la metáfora del país-frontera.⁹⁵ Así lo hace Julio María Sanguinetti, quien en su condición de flamante presidente de la restauración democrática, pone la nostálgica maquinaria del imaginario de la República Modelo al servicio del país-bisagra-del-Mercosur. En un finísimo malabar, anota la índole imaginaria de la identidad uruguaya, al tiempo que restablece su legitimidad: "En un país de límites, como fue éste, la identidad nacional para nosotros fue un valor cultural y un valor político. Los uruguayos fuimos eso: una expresión de democracia dentro del Río de la Plata [...] Somos uruguayos en nombre de esa identidad". Ni más ni menos. Pero luego, como un magnífico prestidigitador, Sanguinetti amalgama la frontera y el raído imaginario de la República Modelo, liquidándolos en función de la globalización: "Lo que tenemos que desarrollar es la única potencialidad liberadora que nos hará grandes [...] una soberanía colectiva que a través de una integración económica, nos permita darle más justicias a nuestros pueblos, y nos haga más grandes". Para rematar, con notable pragmatismo geopolítico, que "Esa es la identidad del Uruguay. El Uruguay es eso o no es nada".

Si Sanguinetti, desde "la nueva derecha", sienta las bases imaginarias para la reinserción transnacional, es Hugo Achugar quien, heredero de una larga tradición crítica, interpreta el problema por una condicionante geopolítica y un trauma psicocultural: "Uruguay es un país pequeño y es un país frontera. Es difícil ser pequeño. Peor es ser pequeño y saberse frontera. Peor aún es saberse pequeña frontera entre dos gigantes y quizás todavía peor sentirse petizo".⁹⁶ Para luego formular la exacta pregunta: "¿El país frontera o la frontera como país?" o, en otros términos, ¿la nación-estado-frontera cristalizada por/en el imaginario de la República Modelo o la frontera posnacional? Lo que aquí se ventila no es tanto la estéril y extenuante cuestión de la viabilidad nacional cuanto la validez presente del concepto de nación. ¿No sería atinado desprendernos de un concepto que resulta ya estrecho o por lo menos inadecuado para el escenario geopolítico en que nos toca actuar? ¿Por qué continuar aferrados a fórmulas que históricamente nos han resultado una tara? Es tiempo de repensar la nación, despojada de nacionalismos y de toda monumentalidad pedagógica, como un dispositivo narrativo intrínsecamente ambivalente, "an obscure and ubiquitous form of living the locality of culture".⁹⁷ Como comunidad cultural, más imaginante que imaginada, más lugar que espacio, más duración que tiempo. Como liminaridad que trastoca la diferencia hacia afuera en finitud hacia adentro, en otredad, fisuras, pluralidad al interior del todo nacional: "Gatherings of exiles and emigrés and refugees, gathering on the edge of <foreign> cultures; gathering at the frontiers".⁹⁸ ¿No somos eso acaso, un pueblo errante? No por haber emigrado a un espacio ajeno, sino por haber inmigrado a un lugar que no termina de ser nuestro. Es tiempo de repensarnos. No de reflotar una Identidad Nacional capciosa y en ruinas; tampoco de reinventarnos

una sustitutiva, un nuevo nosotros inclusivo y excluyente, mezquino y miope. Es tiempo de repensarnos desde el margen y como margen, desde la frontera y como frontera, desde lo residual y como residuo. No porque el residuo sea el núcleo inefable de la Identidad Nacional,⁹⁹ sino porque la Identidad Nacional expulsa residuos; no porque la uruguayidad reside en lo impensable, sino porque lo impensable queda fuera de la uruguayidad. Y lo impensable residual son hoy estas subculturas linyeras, que no admiten ser inscriptas en la Cultura Uruguaya sino como transgresión, tachadura, lucha agónica; culturas linyeras desde las cuales construir un nuevo imaginario que, asumiendo la frontera como condicionante geopolítica, apueste a la frontera como condición de posibilidad transcultural. Única alternativa, quizás, a esta raquítica neomodernidad posuruguaya.

NOTAS

1 Este trabajo forma parte de un libro en preparación sobre la cultura uruguaya actual. Otras versiones del mismo se encuentran en proceso de publicación en *Cuadernos de Marcha* (Montevideo) y *Estudios* (Caracas).

2 Cf. Anderson, B.: *Imagined Communities*, London, Verso, 1983. (Además: Bhabha, H.: *Nation and Narration*, London, Routledge, 1990).

3 Real de Azúa, C.: *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca/Instituto Nacional del Libro, 1990. p.165.

4 Carta a Arca y Manini del 7-2-08 en Vanger, M. I.: *The Model Country. José Batlle y Ordóñez of Uruguay. 1907-1915*, Hanover, N. H., University Press of New England, 1980, p. 39.

5 "En Europe comme en Amérique, vous êtes réputés pour avoir réalisé un type supérieur de civilisation [...] votre situation n'est pas sans ressemblance avec celle de la Suisse". (Cf. France, A.: "L'Uruguay et ses progrès". Conférence lue par l'auteur au théâtre "Politeama" le 15 juillet 1909, Montevideo, Tipografía Oriental, 1909, p. 3 y 8.).

6 Ardao, A.: *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico*, Montevideo, Número, 1951.

7 Mezzera, B.: *Blancos y colorados*, Montevideo, Imp. García, 1952.

8 Fishman, J.: *Language and Nationalism. Two Integrative Essays*, Massachusetts, Newbury, 1973.

9 Cf. Andacht, F.: *Signos reales del Uruguay imaginario*, Montevideo, Trilce, 1992, p. 26. (Además: Real de Azúa, C.: *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, Montevideo, Universidad de la República, 1964, p. 40).

10 Cf. Rial, J. y Perelli, C.: *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después...*, Montevideo, EBO, 1986, p. 22 ss. (Además: Caetano, G.: "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario" en Achugar, H. y Caetano, F. comps.: *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*, Montevideo, Trilce, 1992, p. 86.).

11 Citado por Caetano, G.: op. cit., p. 95.

12 Maeso, C. M.: *El Uruguay a través de un siglo*, Montevideo, Tip. La Moderna, 1910.

13 Batlle Berres, L.: *Pensamiento y acción*, Montevideo, Alfa, 1965, p. 72.

14 Methol Ferré, A.: *Geopolítica de la cuenca del Plata. El Uruguay como problema*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973, p. 28.

15 Achugar, H.: *La balsa de Medusa. Ensayos sobre identidad, cultura y fin de siglo en Uruguay*, Montevideo, Trilce, 1992, p. 14.

16 "Seremos una pobre y oscura republiquita pero tendremos leyecitas adelantadas" había sentenciado Batlle. Cf. Claps, M.: *Batlle. Selección documental*, Montevideo, La Casa del Estudiante, 1979, p.103.

17 Pereyra, A.: "Espacio y cultura nacional" en Achugar, H., ed.: *Cultura(s) y nación en el Uruguay*

- de fin de siglo, Montevideo, Fesur/Trilce, 1991.
- 18 Real de Azúa, C.: *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, CIESU/EBO, 1984. (Además, Sierra, G. de: *El Uruguay post-dictadura. Estado - Política - Actores*, Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales, 1992, p. 254.)
- 19 Achugar, H.: "Para un necesario debate sobre la cultura nacional", *Cuadernos de Marcha* 2, 11 (Setiembre 1986), p. 82.
- 20 Quijano, C.: *El país y su gente, Cuadernos de Marcha* 1.6, (Noviembre 1985), p. 69.
- 21 Rial, J. y Perelli, C.: op. cit. p. 30.
- 22 Andacht, F.: op. cit., p. 31. (Además, Viscardi, R.: *Después de la política*, Montevideo, Montevideo, Juan Darién, 1991, p. 52).
- 23 Perelli, C.: "El poder de la memoria. La memoria del poder". en Sosnowski, S., comp.: *Represión, exilio y democracia. La cultura uruguaya*, Montevideo, Universidad de Maryland/EBO, 1987, p. 327. (Además, Bruscher, O. H.: *Las décadas infames*, Montevideo, Linardi y Risso, 1986).
- 24 Galeano, E.: "La dictadura y después: las heridas secretas", en Sosnowski, S. comp.: op. cit., p. 110.
- 25 Real de Azúa, C.: *Uruguay...* op. cit., p. 79.
- 26 Linn, T.: "Cultura: el turno de las nuevas generaciones", *Cuadernos de Marcha*, 3, 28, 1988.
- 27 Diaz, J. P.: "Heridas de nuestra cultura", *Cuadernos de Marcha* 2, 12 (Octubre 1986), p. 72.
- 28 Prego, O.: "¿Hacia una cultura de la degradación?", *Cuadernos de Marcha* 3, 29, (Marzo 1988), p. 72.
- 29 Peluffo, G.: "Crisis de un inventario" en Achugar, H. y Gaetano, G., comps.: op. cit., p. 64.
- 30 Achugar, H.: La balsa... op. cit., p. 49. (Además, Brunner, J. J.: *Cultura y crisis de hegemonías*, Santiago de Chile, Flasco, 1983, p. 65.
- 31 Lechner, N.: "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna", en *Cultura política y democratización*, Buenos Aires, CLACSO, 1987.
- 32 Gatti, D.: "Los ruidos de la calle", *Brecha*, Junio 18, 1992.
- 33 Peluffo, G.: op. cit., p. 71.
- 34 Cortazzo, U.: "La garrapiñada también quiere alternativa", *La oreja cortada*, 1.1, 1987, p. 15.
- 35 Bardanca, H.: "El gusto del grafiti", *Cuadernos de Marcha* 67, 1992, p. 45.
- 36 Blanqué, A.: *Antología del retrete. Grafitis de los baños de mujeres*, Montevideo, Memphis/Vintén, 1991, p. 179.
- 37 Barrubia, L.: "Mamá era punk", (video), Montevideo, CEMA, 1988.
- 38 Vieira, G.: "El arte, una máquina de guerra", *La oreja cortada*, op. cit., p. 11.
- 39 Barrubia, L.: "Jóvenes eran los de antes", *La oreja cortada*, 2.4, 1989, p. 20.
- 40 Arditi, B.: "Expansividad de lo social, recodificación de lo <político>", en Calderón, F. et al.: *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*, Buenos Aires, Clasco, 1988, p. 168.
- 41 Lechner, N.: "Un desencanto llamado postmoderno", en Calderón, F. et al.: op. cit., p. 134.
- 42 Andacht, F.: op. cit., p. 57 ss.
- 43 Marcuse, H.: *An Essay on Liberation*, Boston, Beacon Press, 1969.
- 44 Iznaga, D.: *Transculturación en Fernando Ortiz*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1989, p. 63. (Además, Rowe, W. y Schelling, V.: *Memory and Modernity. Popular Culture in Latin America*, London, Verso, 1991, p. 42.)
- 45 Rama, A.: *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985.
- 46 Larsen, N.: *Modernism and Hegemony. A Materialist Critique of Aesthetic Agencies*, Minneapolis, U. of Minnesota P., 1990.
- 47 Marx, K.: *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Chicago, Charles H. Kerr, p. 278.
- 48 Iznaga, D.: op. cit., p. 51-2. (Además, Morejón, N.: *Nación y mestizaje en Nicolás Guillén*, La Habana, Unión, 1982, p. 23).
- 49 Marx, K.: op. cit.
- 50 Gramsci, A.: *Selections from the Prison Notebooks*, New York, International Publishers, 1971, p. 161. (Además, Laclau, E. y Mouffe, Ch.: *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, London, Verso, 1985, p. 105).
- 51 Dussel, E.: "El método analéctico y la filosofía latinoamericana" en *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana*, Buenos Aires, Bonum, 1973. (Además, Malinovski en Ortiz, F.: *Cuban Counterpoint. Tobacco and Sugar*, New York, Knopf, 1947, X y Gramsci, A.: op. cit., p. 161)
- 52 Bhabha, H.: "Signs Taken for Wonders: Questions of Ambivalence and Authority under a Tree Outside Delhi, May 1817", en Gates, H. L. Jr., ed.: *Race. Writing and Difference*, Chicago, U. of Chicago P., 1986, p. 177.
- 53 Stonequist, E. V.: *The Marginal Man. A Study in Personality and Culture Conflict*, New York, Russell & Russell, 1961, p. 145.
- 54 Hicks, D. E.: *Border Writing: The Multidimensional Text*, Minneapolis, U. of Minnesota P., 1992.
- 55 Said, E.: *Culture and Imperialism*, New York, Knopf, 1993.
- 56 García Canclini, N.: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990, p. 260.
- 57 "(...) a third space that does not simply revise or invert the dualities, but revalues the ideological bases of division and difference". (Cf. Bhabha, H.: "Postcolonial Authority and Postmodern Guilt" en Grossberg, L., Nelson, C. and Treichler, P., eds.: *Cultural Studies*, New York, Routledge, 1992, p. 58).
- 58 Spivak, G. Ch.: "Can the Subaltern Speak?", en Nelson, C. y Grossberg, L., eds.: *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana, U. of Illinois P., 1988, p. 285. (Además, Laclau, E., Mouffe, Ch.: op. cit. p. 131).
- 59 "Los restos raídos de la izquierda ortodoxa son cultural y socialmente inofensivos e insignificantes desde el punto de vista del futuro que nos aguarda". (Cf. Barreiro, J.: "Diet or not diet", *La oreja cortada*, diciembre 1990, p. 80).
- 60 Yúdice, G.: "¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina?", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 29, 1989.
- 61 Escobar, T.: "Posmodernismo/precapitalismo", *Carta cultural* 4, 1989.
- 62 Brunner, J. J.: *Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina*, Santiago de Chile, CLACSO, 1986, p. 38.
- 63 Barbero, J. M.: *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gilli, 1987, p. 165.
- 64 Brunner, J. J.: "Notas sobre la modernidad y lo posmoderno en la cultura latinoamericana", *David y Goliath* 17.52, 1987, p. 34.
- 65 Brunner, J. J.: *Los debates...* op. cit., p. 16.
- 66 Yúdice, G.: "¿Se puede hablar de postmodernidad en América Latina?", *Cuadernos de Marcha*, 4, 35, 1988. (Además, García Canclini, N.: op. cit., p. 23.)
- 67 Ricoeur, P.: *Freud and Philosophy. An Essay on Interpretation*, New Haven, Yale U. P., 1970, p. 32.
- 68 Spivak, G. Ch.: op. cit.
- 69 Bhabha, H.: "Postcolonial...", op. cit., p. 59..
- 70 Dussel, E.: op. cit. (Además, Laclau, E., Mouffe, Ch.: op. cit. p. 88.)
- 71 Fiske, J.: *Understanding Popular Culture*, Boston, Unwin Hyman, 1990, pp. 133-4.
- 72 Lechner, N.: "La democratización en...", op. cit., p. 258.
- 73 Caetano, G.: "Identidad nacional...", op. cit. p. 77.
- 74 Devoto, F. J.: "Introducción", en Achugar, H. y Gaetano, G. (comps.): *Identidad...* op. cit., p. 16.
- 75 Viñar, M.: "Memorias fracturadas. Notas sobre los orígenes del sentimiento de nuestra actual

- identidad nacional", en Achugar, H. y Gaetano, G. (comps.): *Identidad...*, op. cit., p. 40.
- 76 Barreiro, J.: op. cit., p. 80.
- 77 Castoriadis, C.: *The Imaginary Institution of Society*, Cambridge, Polity Press, 1987.
- 78 Anderson, B.: op. cit.
- 79 Toennies, F.: *On Sociology: Pure, Applied, and Empirical*, Chicago, U. of Chicago P., 1971.
- 80 Deleuze, G. y Guattari, F.: *A Thousand Plateaus. Capitalism and Schizophrenia*, Minneapolis, U. of Minnesota P., 1987.
- 81 Arturo Despouey en Real de Azúa, C.: *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*, Montevideo, EBO, 1964, p. 410.
- 82 Bhabha, H.: "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse", *October* 28, 1984, p. 126.
- 83 Vaz Ferreira, C.: *Moral para intelectuales*, Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1920, p. 130.
- 84 Assunção, F.: *El gaucho*, Montevideo, Imprenta Nacional, 1963, p. 157.
- 85 Reyes Abadie, W., Bruschera, O. H. y Melgno, T.: *La Banda Oriental. Pradera. Frontera. Puerto*, Montevideo, EBO, 1966, p. 119.
- 85 Vidart, D.: *El gaucho*, Montevideo, Enciclopedia Uruguaya # 7, 1968, p. 132.
- 87 Certeau, M. de: *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, U. of California P., 1984, p. 117.
- 88 Stonequist, E. V.: op. cit., p. 213.
- 89 Julio Martínez Lamas en Real de Azúa, C.: *El impulso...*, op. cit., p. 75. (Además, Quijano, C.: *Los grandes problemas nacionales. Cuadernos de Marcha* 1.4, (Septiembre 1985), p. 28.
- 90 Wonsewer, I. y Teja, A. M.: *La emigración uruguaya 1963-1975. Sus condicionantes económicas*, Montevideo, CINVE/EBO, 1983, pp. 72-3.
- 91 Achugar, H.: *La balsa...*, op. cit., p. 67.
- 92 Despouey en Real de Azúa, C.: *El impulso...*, op. cit., p. 410.
- 93 Sambarino, M.: *La cultura nacional como problema*, Montevideo, Nuestra Tierra, 1970, p. 28.
- 94 Achugar, H.: *La balsa...*, op. cit., p. 14.
- 95 Sierra, G. de: op. cit., p. 249. (Además, Caetano, G. op. cit., p. 82).
- 96 Achugar, H.: *La balsa...*, op. cit., p. 13.
- 97 Bhabha, H.: *Nation...*, op. cit., p. 292.
- 98 *Ibid.*, 291.
- 99 Achugar, H.: *La balsa...*, op. cit., p. 95.